

cardo Cannelli aborda el poder militar en El Salvador, Jean Dominique Durand se encarga de analizar las características de la democracia cristiana salvadoreña. A su vez, Héctor Dada Hirezi narra la relación entre la acción política y el papel del arzobispo en dicha acción y, por último, Roberto Blancarte no duda en presentar a Romero como un «mártir de la Guerra Fría».

La tercera parte del libro, que es la que cierra esta interesante aportación historiográfica, reflexiona sobre el legado de Romero cuando ha transcurido más de dos décadas desde el asesinato de Romero. Ante los que piden a Roma que considere al arzobispo como un *mártir* de la Iglesia, Alberto Melloni hace una larga disquisición sobre la evolución del procedimiento para las causas de beatificación y canonización a lo largo del pontificado de Juan Pablo II. Marco Gallo, por su parte, ha realizado una exhaustiva investigación sobre la imagen de Óscar Romero en América Latina, resultando evidente la división entre los sectores más cercanos a la Teología de la Liberación (que le consideran como un punto de referencia) y los más ultraconservadores, representados por publicaciones como la revista colombiana *Tierra Nueva*, donde, en 1982, Romero fue acusado de haber mostrado parcialidad hacia las organizaciones populares y de poseer una visión maniquea de la sociedad. Las tres últimas aportaciones dentro de esta parte del libro se centran en la relación entre Romero y los medios de comunicación (Lucía Annunziata y Maurizio Chierici cuentan sus vivencias personales) y en la colocación de Romero entre el mito y la Historia: en ese sentido, como recuerda Andrea Riccardi, la mitificación de un personaje dificulta la labor del historiador, que debe situarse fuera de dicha mitificación para analizar la realidad vital y pastoral de Romero con la suficiente objetividad.

Así concluye un libro francamente interesante donde, como ya hemos dicho, y como por otra parte es lógico dada la gran cantidad de autores que han colaborado en él, lo que más se aprecia es su pluralidad: análisis minuciosos, narración de vivencias personales, relato de contextos históricos, etc., y cada uno con una visión particular de la figura de Romero. Por todo ello, consideramos que el resultado es una excelente obra que puede ser el punto de partida de la biografía definitiva de Romero, una tarea inmensa por la complejidad de la misma pero, en cualquier caso, perfectamente abordable y, de hecho, necesariamente abordable.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CARLOS DÍAZ, *Guillermo Roviroso* (Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2002), 94 pp. ISBN: 84-95334-17-8.

La actuación de la Iglesia católica durante el «primer franquismo» (1939-1953) ha sido objeto de numerosas críticas a raíz del apoyo que la institución dio a la dictadura de Franco y, en función de ello, su silencio ante la represión y la pérdida de libertades en muchos terrenos. Aunque nosotros creemos que lo que realmente imperó fue el recuerdo constante de la guerra y el miedo ante un Régimen que obligaba a una radicalización de las posiciones, no podemos negar que, en muchos sentidos, aquella Iglesia no supo estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, no todo fueron elementos negativos. La jerarquía fue capaz, al menos en algunos casos, de hacer examen interior de por qué había habido una persecución anticlerical tan brutal durante la Guerra Civil y se dio cuenta de que uno de sus grandes errores ha-

bía sido el alejamiento de los sectores obreros. De ahí que potenciara la creación, dentro de los movimientos especializados de Acción Católica, de la *Hermandad Obrera de Acción Católica* (HOAC) en 1946, a la que seguirían más movimientos especializados (JOC, JUMAC, etc.). Un personaje clave en la evolución de la recién creada HOAC fue el seglar Guillermo Rovirosa, objeto del libro que la Fundación Emmanuel Mounier, en colaboración con el movimiento de seglares Acción Cultural Cristiana, ofrece a los lectores.

En ese sentido, Carlos Díaz no ha querido hacer una biografía clásica, siguiendo el hilo que le proporciona el paso del tiempo, sino que, en menos de cien páginas, ha querido realizar una aproximación al personaje histórico y reflexionar sobre los aspectos que más le llamaban la atención de su biografiado. El libro ha sido prologado por Luis Capilla, un hombre que conoció personalmente a Rovirosa y quien, en dos emotivas páginas, no duda en recordar a Rovirosa como el seglar de más talla que ha tenido la Iglesia española a lo largo del siglo XX. Carlos Díaz, por su parte, pudo conocer a su biografiado, aunque, como él relata, reconstruyó la vida de éste en parte gracias al relato de tres ilustres militantes de la HOAC que sí trataron en profundidad a Rovirosa: Teófilo Pérez Rey, Julián Gómez del Castillo y el propio Luis Capilla. El resultado es un libro interesante, que quizá podía haber sido más trabajado y objeto de un mayor orden, pero que cumple el que seguramente fuera uno de los principales objetivos del autor, que no es otro que divulgar lo máximo posible a quien quizá es un personaje no suficientemente conocido.

Llama la atención, una vez más, que quien fue uno de los laicos más destacados de la Iglesia española en el siglo XX hubiera nacido en Cataluña. Al igual que tres de los posiblemente cuatro cardenales más importantes españoles durante este siglo (Vidal i Barraquer, Gomá y Pla i Deniel), Rovirosa era de la localidad barcelonesa de la Vilanova i la Geltrú, donde había venido al mundo en 1879. Procedente de una familia muy modesta, Rovirosa había tenido que pagarse sus estudios universitarios en la Escuela Técnica Eléctrica. Eso nos lo cuenta él en persona, porque debemos decir que muchos fragmentos de la obra son relatos del propio Rovirosa que el autor se ha limitado a transcribir, añadiendo algunas aclaraciones a pie de página.

Lo que también sabemos a través del libro era que Rovirosa, a pesar de ser un hombre de gran cercanía a la realidad socio-económica en que se encontraba España, era, ante todo, una persona de intensa espiritualidad que leía las obras más clásicas del cristianismo y trataba de dialogar con los autores (cuando no luchar con ellos, como confiesa él mismo en el momento de afrontar la lectura de las *Confesiones* de San Agustín). Además, encontramos a un hombre que, sin llegar a entrar en el sacerdocio, fue capaz de aceptar la marcha de su mujer (que le dejó tras ver lo excesivamente centrado que estaba en su labor apostólica) y vivir los últimos diecisiete años de su vida, los transcurridos entre 1947 y 1964, totalmente entregado a la causa de Cristo.

En ese sentido, Carlos Díaz afirma de manera contundente que, aunque Rovirosa no fue propiamente el fundador de la HOAC, la transformación tan importante que la organización experimentó tras su ingreso fue tan significativo que, de hecho, debe ser considerado el *alma mater* de dicho movimiento especializado. Rovirosa dirigió un grupo de obreros a los que enseñó que tres eran los valores fundamentales: Dios, que era el Señor absoluto; el hombre, que debía ser visto el valor supremo de la Creación; y la Ley Natural, que era el fundamento de la honestidad. Esos tres valores debían apoyarse, a su vez, en tres puntos de apoyo, que eran el Nuevo Testa-

mento y el Magisterio de los Papas; la propia experiencia de la vida de cada uno; y las experiencias de los demás.

El autor nos descubre un pensamiento, el de Rovirosa, francamente brillante, abogando por vías moderadas en una lucha entre el comunismo y el capitalismo que se hizo más encarnizada que nunca precisamente a partir de la llegada de este seglar a la HOAC (comienzo de la *guerra fría*). Ejemplos de este pensamiento moderado era su no defensa ni de la propiedad privada capitalista de los medios de producción ni de la colectivización; o la afirmación, por ejemplo, de que la Iglesia, así como afirmaba la necesidad de la propiedad, no hacía lo mismo con el capitalismo. Debemos destacar, en este punto, la notable capacidad de Díaz para explicar con claridad el pensamiento de Rovirosa, resultando bastante ameno el relato. Parece evidente que este seglar era un hombre capaz de compatibilizar el compromiso con las capas más desfavorecidas (a las que él pertenecía) con la fidelidad a la Iglesia, algo que él consideraba que debía plantearse siempre desde una profundización en la fe cristiana.

Esa fidelidad a la Iglesia se puso más que nunca de manifiesto cuando Rovirosa fue destituido como Director del boletín de la HOAC en 1956 y, un año después, se le alejó de la Comisión Nacional de la organización. Aunque era una muestra más de la connivencia de aquella Iglesia con el Régimen de Franco, Guillermo Rovirosa quiso ser ante todo obediente y aceptar las decisiones de su jerarquía. Quizá por eso este seglar, que además sufrió un desgraciado accidente (perdió un pie en el mismo año 1957), quiso pasar los últimos años de su vida en el monasterio de Montserrat, el gran centro intelectual-eclesial de Cataluña donde pudo dedicarse por completo a esa vida interior que tan fundamental consideraba. En ese sentido, Carlos Díaz no tiene reparos en afirmar que Rovirosa fue desarrollando una espiritualidad seglar que fue el trabajo más serio que se hizo en España antes del Concilio, un concilio que Rovirosa vio nacer y crecer pero cuya culminación nunca vio porque la muerte le sobrevino tan sólo un año antes.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO, *Ignacio Ellacuría* (Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2004), 112 pp. ISBN: 84-95334-68-2.

Uno de los hechos que más han conmocionado a la Iglesia universal en las últimas décadas fue el asesinato de seis jesuitas y dos mujeres en El Salvador en 1989. Entre aquellos religiosos que perdieron la vida se encontraba un brillante filósofo-teólogo vasco, Ignacio Ellacuría, que ha sido objeto de varias biografías. La que ahora pasamos a analizar constituye una interesante aproximación a su persona, siendo el resultado un libro francamente ameno y bien escrito. En realidad, éste se ubica dentro de una colección que la Fundación Emmanuel Mounier ha comenzado a editar en los últimos años y que aborda la vida de personas de gran relevancia dentro de la Iglesia católica, como Teresa de Calcuta, Óscar Romero, Guillermo Rovirosa o el propio Ellacuría.

La obra ha sido prologada por el también jesuita Manuel Cabada, que, además de haber sido profesor del autor del libro, fue compañero de Ellacuría en Innsbruck (Austria) durante casi dos años, desde el otoño de 1960 hasta el verano de 1962. Cabada recuerda a Ellacuría como un hombre con capacidad de liderazgo, persona de gran sensibilidad social y brillante intelectual, pero su recuerdo no se circunscribe